

HOMILÍA.

LA HUMILDAD DE CORAZON

CONDUCE DIRECTAMENTE Á LA BIENAVENTURANZA.

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

(DE GONZÁLEZ.)

Dicite filia Sion : ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam et pullum filium subjugalis.

Decid á la hija de Sion : hé aquí tu Rey viene manso para ti, sentado sobre una asna y un pollino de la que está bajo de yugo.

S. Mateo, c. 21. v. 5.

Para que en ningun tiempo pudiera olvidar el pueblo de Israel la misericordia inapreciable con que le sacó el Señor de la dura esclavitud que sufría en el Egipto, le ordenó entre otras cosas que celebrara todos los años la solemnidad de los tabernáculos, en la que con ramos de palmas y otros árboles manifestase su regocijo en la presencia de Dios por espacio de siete días. De este modo, decía el Señor á los israelitas, obligaréis á vuestros hijos á que tengan siempre en su memoria cuáles fueron las primeras casas que habitasteis despues de vuestra deseada libertad. Á imitacion suya determinó la Iglesia casi desde su origen que todos los años renovasen en este dia los cristianos, con iguales demostraciones de júbilo, la memoria de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem para sacarlos de una esclavitud mucho mas penosa, y ponerlos en una libertad infinitamente mas apreciable : tal es el objeto de la presente festividad.

El Salvador de los hombres, enemigo declarado de las glo-

rias mundanas, que por medio de una pronta huída supo evitar algun tiempo ántes que el pueblo le aclamase por su rey, llama hácia sí la atencion de los judíos con un milagro mucho mas brillante que los anteriores, cuando ve aproximarse el tiempo de su sacrificio, y determina despues entrar en la ciudad por medio de un inmenso pueblo, que con ramos en las manos y tendiendo sus vestiduras en el suelo, para que pasase sobre ellas el jumentillo en que iba sentado, le acompaña con las demostraciones de un júbilo verdaderamente religioso, entonando sin cesar los mas solemnes himnos en honor y gloria del que reconocian por Rey de Israel. En esta suposicion ¿le agrada hoy la gloria mundana, que tan expresamente reprobó y condenó entónces? De ningun modo : lo que le agrada es vernos caminar por la senda segura de la gloria celestial. Este es el fin, este es el objeto de su reinado ; por lo que debemos tomar una parte mas activa que los ciegos judíos en el regocijo de esta solemnidad.

Á esto es á lo que trato de exhortaros con la brevedad que exigen las circunstancias de este dia. Si consigo haceros despreciar los honores que suele tributar el mundo para seducir á los mortales, tengo conseguido mi objeto. Pidamos al Señor esta gracia por conducto de aquella Señora, que por su extremada humildad mereció ser elevada sobre todas las criaturas, rezándole con la mayor devocion el *Ave María*.

Una de las cosas que mas afligian á los israelitas en el tiempo de su desgracia, era la falta de un rey de su nacion que pudiese defender sus derechos y sacarlos de la penosa opresion en que se hallaban. De esto se lamentaban los compañeros de Daniel en medio de las llamas (1) ; esto lloraba Jeremías con lágrimas abundantes, y el Dios de los profetas no hallaba otro consuelo á su dolor que ratificarles la solemne promesa de enviarles algun dia aquel Rey justo, fuerte y pacífico en que tenían cifradas todas sus esperanzas. Despues de anunciarles una felicidad que colmara de júbilo á todo Israel, de terror á los caldeos y de admiracion á todas las naciones, compendia todos y cada uno de los bienes, de cuya reunion habia de resultar su

(1) *Dan. c. 3.*

felicidad, reduciéndolos á su verdadero principio. Yo, dice (1), *haré que de la familia de David nazca un hombre justo, un Rey sabio, un príncipe poderoso, que seguramente ha de salvar á todo Israel, haciéndole vivir en adelante libre de temores y lleno de la mas segura confianza.* En los mismos términos con muy corta diferencia lo promete á Daniel y á los demas profetas, añadiendo las circunstancias de la duracion, solidez y extension de su reino, y determinando el tiempo en que habia de tener su principio.

No era posible que los judíos en general ignoraran estas circunstancias, como que eran el fundamento de la Religion que los distinguia de los gentiles: tampoco es posible que las ignoren los cristianos; mas por si ocurriera á alguno la menor duda, quiero desvanecerla completamente en mi discurso.

No se puede llamar profecía, sino una relacion circunstanciada de lo ocurrido en Jerusalem, lo que tantos años ántes habia dicho Zacarías por estas palabras (2): *entérgate, ó hija de Sion, al mas completo regocijo; manifesta con las mas expresivas demostraciones tu inmenso júbilo, hija de Jerusalem, porque hé aquí que viene tu Rey justo y salvador, pero pobre y humilde, sentado en una jumenta y en un hijo aún tierno de la misma bestia.* Podemos desafiar á todos los judíos, dice el P. san Juan Crisóstomo, á que nos digan si han visto á alguno de sus reyes en semejante cabalgadura; si han tributado en algun tiempo iguales honores á un rey, que no trae mas insignias de su poder y majestad, que la mansedumbre y la pobreza. Es verdad que jamas habian visto á un rey, que tuviera poder de resucitar á los muertos ya corrompidos en el sepulcro, hasta que vino Jesucristo; mas ¿por qué este poder sobre los difuntos le ha de dar un derecho de dominar á los vivos? ¿En qué consiste que al desatar los apóstoles las caballerías, que de ningun modo les pertenecen, nadie se les resiste, ántes bien se las dejan llevar como si fueran propias, con solo decir: *el Señor las necesita?* ¿Quién, sin tener antecedente alguno, reúne en un mismo momento á todo el pueblo, le obliga á cubrir de ramos el camino, á tender por él sus vestidos; para que sirvan de alfombra á los viajeros? ¿Quién pone en las lenguas de todos los habitantes,

(1) Jerem. c. 23. v. 5.

(2) Záchar. c. 9. v. 9.

hasta de los simples parvulillos, unas mismas aclamaciones, unos mismos elogios, unas mismas palabras?

Obstinados fariseos, aprendéd de los sencillos é ignorantes lo que se debe al Redentor de los hombres y Criador del universo: acabád de conocer que de las inocentes bocas de los niños saca la divina Sabiduría unas alabanzas las mas justas y solemnes, unos elogios capaces de confundir á sus mismos enemigos. Reconocéd en este glorioso acontecimiento que el Señor revela á los humildes, á los necios en concepto del mundo los arcanos mas interesantes; esos misterios que oculta justamente á los hinchados filósofos. ¿Cómo es posible si no, que el pueblo ignorante comprenda mejor en esta ocasion el sentido de las Escrituras que los doctores de la ley? ¿En qué consiste que ese dichoso pueblo entendió, como acabáis de oirlo á la Iglesia, que el solemne triunfo con que el Nazareno entra en Jerusalem, es una representacion, es el preludio de la completa victoria, que muriendo viene á conseguir de la muerte, del pecado y del infierno? ¿En qué consiste que vea claramente, que la libertad que proporcionó Moises á sus padres en el Egipto, era muy inferior, no era una sombra siquiera de la que van ellos á conseguir por medio del Salvador?

No sin misterio, dice san Juan Crisóstomo, mandó el divino Maestro á sus apóstoles que le condujesen la jumenta, símbolo de los judíos, y el hijo de aquella, que representaba á los gentiles; y en sentir de san Gerónimo solo en este hizo su viaje, para manifestar la justa reprobacion de los judíos, y la feliz y graciosa eleccion de los gentiles. Estos gloriosos ascendientes de los cristianos, habitantes de todo el orbe, preparados ya con la doctrina de los apóstoles, iban á tomar sobre sí el suavísimo yugo de la ley, á depositar el inapreciable tesoro de la gracia, á reportar el beneficio incomparable de la redencion, que les llevaba el Deseado de las gentes, el Mesías suspirado, el Redentor verdadero de los hombres. No era pues para solos los judíos el triunfo, la libertad y la gloria que habia de merecer Jesucristo en Jerusalem. Este rey grande sobre todos los reyes, este Dios fuerte, á cuya voluntad nada puede oponerse de cuanto existe en el universo, este príncipe glorioso de la paz, que viene hoy, no á posesionarse de un reino temporal, sino á hacer la mas solemne manifestacion del incontestable derecho que le asiste para dominar completamente en el corazon

de todos los hombres; derecho que le compete por su naturaleza, como Hijo único del Rey de todos los reyes; derecho que reconquista por medio del triunfo que consiguió de las potestades infernales, que tan injustamente se lo habian usurpado, y á quienes derrotó del modo mas completo; derecho que adquiere de nuevo comprándonos á todos con el precio infinito de su sangre; derecho en fin, que nosotros mismos hemos tenido la dicha de confirmar, eligiéndole voluntariamente por nuestro rey y señor al incorporarnos en su Religion sacrosanta; este Rey, digo, viene hoy á traernos la paz mas feliz y duradera, deshaciendo el poder y enervando las fuerzas de todos nuestros enemigos. Qué consuelo tan inexplicable! Todos, todos sin excepcion van á quedar sumergidos, como los egipcios, en el Mar rojo de la sangre del Cordero. Ya no podremos experimentar una nueva guerra; y si algun enemigo, demasíadamente orgulloso y confiado en unas fuerzas que no tiene, se decide á hacernos frente, conseguiremos de él la mas completa victoria con solo querer vencerle. Este Rey todopoderoso no viene como Saúl á tomar para sí lo mas precioso de nuestras haciendas é intereses; dueño soberano de todos los tesoros de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, viene á hacernos participantes de todos sus bienes sin reserva alguna. No se propone sacrificar nuestras vidas, para vengar sus injurias personales y asegurar el cetro, cuya posesion debe á una injusta usurpacion, sino sacrificarse á sí mismo para librarnos de una terrible y eterna desgracia, y colocar sobre nuestras cabezas la corona inmortal de su gloria. No es un déspota que trata de aterrarnos y hacernos enmudecer con sola su presencia; es un abismo de humildad y mansedumbre que oculta todo el brillo de su majestad y grandeza, para facilitarnos el acceso al trono de sus misericordias; para que depuesto todo temor nos lleguemos á él como al padre mas tierno y cariñoso: es un modelo de generosidad que nos inspira la mas segura confianza, nos manifiesta los mas vivos deseos de que le roguemos, y empeña su palabra de acceder siempre á lo que le pidamos, si no es contrario á los designios de su providencia y á nuestro bien. Más aún; él mismo pide por nosotros, y cede en nuestro favor todos sus méritos, para que podamos exigir por un derecho de rigurosa justicia el galardón que tiene prometido á sus adoradores. No viene, como los Alejandros, á conquistar el mundo á costa

de millares de víctimas sacrificadas á su ambicion desmedida, sino á darnos el cielo conquistado con su preciosa sangre. No viene á alimentarse de nuestra sustancia y regalarse con el producto de nuestro sudor, sino á darnos en alimento su cuerpo y sangre, su alma y divinidad.

¿Qué mas puede decirse, ni qué otra cosa podemos apetecer nosotros? Por ventura seríamos capaces, ni aún de imaginar, una felicidad tan inmensa, si él mismo no nos la hubiera propuesto? Ved si decia con fundamento en el principio de este discurso, no solo que debíamos entregarnos á la mas pura alegría, sino tomar ademas en esta solemnidad una parte mas activa que los judíos! *Exulta satis*, os diré con Zacarías (1): saltad de alegría y regocijo, al presenciar la feliz aclamacion de Jesucristo por rey soberano de todo el universo. *Exulta satis*: entregáos á las mas excesivas demostraciones de enajenamiento, al veros admitidos en este venturoso dia á la participacion de un reino tan feliz y glorioso. *Exulta satis*: celebrad con el regocijo mas puro, humilde y religioso los triunfos de nuestro Salvador, poniendo á sus piés esos miserables fomentos de nuestra vanidad y soberbia, y adornando con lo mas bello y florido de las virtudes el camino por donde quiere conducirnos á sus eternos palacios. *Exulta satis*: entonad, aunque á despecho de las potestades infernales, en honor de quien tantos bienes os proporciona, los mas sonoros himnos de bendicion y alabanzas; y si algun dia os abriere por medio de la cruz y de la tribulacion las puertas del templo de la inmortalidad, mezclad las lágrimas de una humilde gratitud al copioso llanto, que arranca de sus divinos ojos la consideracion del peligro en que nos ve de precipitarnos en la mayor de las desgracias. Detestad ese fausto, ese brillo aparente de la gloria mundana; huid, como de vuestros mas perjudiciales enemigos, de los que os tributan elogios, que aunque sean justos, pero pueden seros muy funestos excitando algun sentimiento de orgullo. Mezclaos y mezclémonos todos con los verdaderamente humildes y mansos de corazon, para exclamar en alta voz: bendito sea el que viene en nombre del Señor; viva por una eternidad nuestro divino Rey; viva y reine en nuestras almas para siempre: viva y vivamos en su compañía en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Zachar. c. 9. v. 9.*